

XXVII Domingo del Tiempo Ordinario C

¿Se medirá en granos la fe?

"Dijo Jesús: Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este árbol: Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería". San Lucas, cap. 17.

El sicómoro es un arbusto originario de Egipto. Una especie de higuera, de cuyo leño los antiguos fabricaban los cofres de los muertos. Por su follaje podría confundirse con la morera, pero su tronco presenta ciertas raíces visibles, a manera de pies, como si el árbol pudiera caminar.

Un día el Señor les prometió a sus discípulos: Quien tenga fe como un grano de mostaza puede arrancar un árbol y transplantarlo al mar. Las varias traducciones hablan de moreras o de sicomoros.

Para san Mateo el fruto de esa fe es trasladar montañas. El ubica esta enseñanza en las cercanías del Tabor, luego que el Señor ha curado a un niño lunático. Los apóstoles no pudieron sanarlo, porque aún no creían de verdad: Entonces le ruegan a Jesús: Aumentanos la fe.

San Lucas sitúa esta lección en otro contexto, pero en ambas versiones, el Maestro asimila el mínimo de fe con un grano de mostaza. Una semilla diminuta que da origen a un árbol, en cuyas ramas hacen nido los pájaros.

La expresión corresponde al ambiente campesino en que Jesús hablaba. Bien sabemos que no hay medidas de peso, de área o cantidad para tasar la fe. Tal vez le convendrían unidades de fuerza o de luz. Mejor quizás de radiación. Aunque todo esto lo decimos con un lenguaje impropio.

Creer es algo más allá. Jesús lo sabía, pero aquel auditorio sólo asimilaba un lenguaje adornado de imágenes.

Los judíos del Antiguo Testamento usaban dos términos para designar la fe. El primero podría traducirse por verdad, que encerraba también la idea de solidez. Creer sería entonces una meta del entendimiento, apoyado sobre una base estable: Dios ha hablado.

De esta misma palabra se deriva la expresión "Amén", que decimos al final de muchas oraciones. La cual quiere decir: "Sí, lo anterior así es. Esto es verdadero, tiene fundamento seguro".

El otro vocablo para nombrar la fe encierra más bien un sentido de confianza. Creer ya no es algo teórico y estático. Es apoyarse en Alguien. El creyente descansa en el Señor, se abandona en sus manos. Muchos salmos nos enseñan a clamar al Señor, desde nuestros cansancios. A confiarnos a El, "como un niño en brazos de su madre".

San Lucas concluye esta página presentando a un criado, que trabaja en el campo todo el día, como labrador o pastor. Por la tarde, vuelve a casa a preparar la cena de su amo. Este siervo cumple su oficio serenamente, sin mantenerse ansioso por la paga. Se siente bien con su patrón. No se envanece por la tarea realizada.

Quizás el evangelista fabricó esta breve parábola para poner en escena al hombre de fe. El Maestro invitaba a sus oyentes a elevarse sobre las prácticas judías, interesadas

y rutinarias. Quería enseñarnos una fe superior, en un contexto de amor y de confianza.

Nadie ha podido pesar su fe en una balanza. Pero sí comprobamos que, al apoyarnos en el Señor, se nos vuelve liviano el corazón, capaz de levantarse hacia la altura.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y